

sujetos del cambio. Ahí se ha ido bosquejando también lo que podría ser el programa para cambiar el mundo de base. Y ahí hay también una amplia red de redes para la configuración de una izquierda mundial. Lo que falta ahora es dar forma política organizada a todo ese movimiento y encontrar la palabra nueva y compartida para hacer frente a la barbarie existente» (p. 319). Esa forma política no creía que se pudiera asemejar a los partidos conocidos sino a un tipo de organización sociopolítica más parecida a lo que pudo representar la Primera Internacional (p. 323). Está por ver si seremos capaces de construir algo parecido a eso, pero de lo que cabe poca duda es que será imposible si antes no huimos de la ideologización excesiva de los problemas y no superamos los confesionalismos de cualquier tipo que nos impiden caminar hacia una cultura laica a la que no le basta el viejo concepto humanista e ilustrado de tolerancia.

Y no le basta porque ese concepto ha estado circunscrito exclusivamente a la tolerancia con el occidental sin reconocimiento y respeto por otras culturas que no son la nuestra: «*Tolerancia* querrá decir entonces, para nosotros, comprensión radical de la alteridad, atención a la dignidad del otro, autocrítica del etnocentrismo. En cierto modo, y con sus limitaciones históricas, esto último es lo que significó la *variante latina* del concepto de tolerancia que tiene su origen en Bartolomé de Las Casas» (p. 313).

Estamos, pues, ante un libro fundamental. El aparato crítico de los capítulos y la meritoria selección de textos de muy diferente formato (ensayos, materiales de intervención política, cartas y entrevistas) llevados a cabo por el editor revelan un hondo conocimiento de la obra de Francisco Fernández Buey y hacen de este libro una referencia obligada para las per-

sonas interesadas en profundizar en el pensamiento de uno de los intelectuales más originales que ha tenido la izquierda comunista en este país.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

Director de esta revista y
de FUHEM Ecosocial

AFFECTIVIDAD AMBIENTAL: SENSIBILIDAD, EMPATÍA, ESTÉTICAS DEL HABITAR

Omar Giraldo e Ingrid Toro

El Colegio de la Frontera Sur,
Universidad Veracruzana, Chetumal
(Quintana Roo, México), 2020.

174 págs.

Quiero empezar esta reseña refiriéndome al *alambre de púas*. Todos, o la mayoría nosotros, nos hemos topado alguna vez con un alambre de púas. Al verlo, sabemos de inmediato que se trata de un límite, de una frontera que no podemos transgredir. Y si por desgracia no lo vemos y nos topamos con uno de manera imprevista, es muy posible que nuestro cuerpo sienta su poder a través del dolor que inflige en nuestra carne, un dolor que nos hace retroceder, un dolor que tiene la forma de una amenaza. De este modo, el alambre de púas separa, reparte, divide y excluye pero también captura y recluye. Instauro la propiedad privada, la prohibición y el despojo. Es un mecanismo que opera virtual y materialmente ordenando el espacio, y organizando y jerarquizando los cuerpos que lo ocupan. Como señala Alain Brossat, el alambre de púas logra «una especie de poder metafísico que simboliza todo lo que separa a los seres; una suerte de conductor de maldad que socava cada una de las existencias que

aquí entrechocan». El alambre de púas, de este modo, se interpone entre los cuerpos, establece diferencias aparentemente incuestionables, para capturar, excluir, encarcelar, despojar.

Afectividad ambiental: sensibilidad, empatía, estéticas del habitar, escrito por Omar Felipe Giraldo e Ingrid Toro, es a mi juicio una reflexión que nos invita, justamente, a desalambrar la vida, la tierra y nuestra propia forma de habitarla. Es una invitación a desmontar, si se quiere, los cercamientos que pretenden extinguir la potencia vital de los cuerpos. Una reflexión epistemológica y ontológica que reivindica *las multiplicidades*, poniendo en el centro de la cuestión la importancia de los afectos, la sensibilidad, los sentidos y las sensaciones. Sería redundante decir en este punto que se trata, además, de una reflexión eminentemente política. Este libro es una experiencia que, de una u otra forma, problematiza *nuestra* corporalidad, el encuentro, el espacio que compartimos y que nos vincula.

El argumento central del libro me parece que es extremadamente valioso y a la vez sencillo: si la oposición no es entre lo Uno y lo Otro, entre lo humano y lo no humano —aunque efectivamente pasa por ahí— sino sobre todo entre lo Uno y lo Múltiple, cómo articular esa multiplicidad sin recurrir al autoritarismo, pero tampoco sin borrar las diferencias ni recurrir a monismos, dualismos ni dicotomías. No se trata aquí de una ética contra el poder, sino contra la dominación y la opresión, y los cercamientos materiales y simbólicos que hacen inviable la vida. *Afectividad ambiental* nos propone una ética activa que «nos habla del poder de las cosas de las que somos capaces al reconocernos como cuerpos entre cuerpos, y del poder que se tiene cuando nos sabemos como un modo o expresión de una totalidad en-

volvente» (p. 54). Por eso, esa condición ontológica de las *multiplicidades* tiene como correlato la configuración, siempre temporal y contingente, de una articulación de las “diferencias”, las cuales son, ante todo, el resultado de una decisión política que se despliega siempre en medio del conflicto, de la complejidad, del cambio. Por eso insisten sus autores en la necesidad de reconstruir las diferencias, y más aún, en la necesidad de rearticularlas de forma tal que no estén vinculadas por la dominación.

Se trata entonces de una estrategia para *desalambrar* la vida que busca instaurar otro tipo de encuentros que vinculen material y simbólicamente los cuerpos produciendo puntos de contacto que no anulen las diferencias. Se trata de construir, incluso más allá del límite de nuestra propia comprensión, otros órdenes socioecológicos que, a su vez, permitan desactivar el régimen de afectividad contemporáneo. Sin este contrapeso ético-político, sin una apuesta por cambiar las correlaciones de fuerza, tanto simbólicas como materiales, que imperan actualmente será muy difícil, si no imposible, frenar el colapso al que nos conduce el actual modelo civilizatorio. En esto, el libro no solo participa de los compromisos de la ecología política latinoamericana, sino también de los postulados de la filosofía de la liberación, que de forma contundente ataca los fundamentos de la ética capitalista, colonial y patriarcal.

De principio a fin, el libro se dirige a nosotros sin titubeos ni ambigüedades, reivindicando la necesidad de una revolución material, político-económica y estructural de la sociedad e insistiendo, al mismo tiempo, en la necesidad de la dimensión afectiva, sensible y sintiente de la existencia que, como señala Le Breton, es, en primer lugar, corporal. Y en esto radica su

importancia. Lo que aquí proponen Ingrid y Omar no es una micro-ética para vivir en armonía con el mundo, para construir una pequeña parcela de comodidad intelectual y emocional frente al eminente colapso de la vida. Lo que aquí encontramos es una crítica del mundo, un cuestionamiento ético, estético y político de la totalidad, de las relaciones sociales, del modelo económico imperante, de nuestra forma colectiva de *habitar* el planeta. Como señalan los autores «[l]a única respuesta efectiva ante la catástrofe ambiental de nuestro tiempo es una revolución que, además de insistir en la transformación radical de las relaciones materiales, político-económicas y tecnológicas del conjunto de la sociedad, atienda con toda la seriedad posible la dimensión afectiva, sensible y sintiente de nuestro Estar en el mundo» (p. 11).

A lo largo de sus cinco capítulos, el libro va desplegando teóricamente su propuesta: la *epistemo-estesis*, una propuesta que, paso a paso y página tras página, se va convirtiendo en piel, contacto, afecto y conflicto. Este concepto recoge los aprendizajes de pensadores y pensadoras ambientales como Enrique Leff y, sobre todo, de Ana Patricia Noguera, y da cuenta, además, de la sensibilidad y trayectoria investigativa de sus autores, quienes no solo se nutren de las reflexiones académicas sino también de los encuentros con comunidades campesinas e indígenas, tan denostados como silenciados en esta época de conocimientos útiles, innovadores y *smart*. Unas formas de conocer que son correlativas a la violencia que se descarga sobre los cuerpos y que media sus encuentros. Por eso *Afectividad ambiental* no cae en la ingenuidad en la que suele caer muchas veces el pensamiento ambiental. Aquí las dimensiones sombrías de la existencia se reconocen y aceptan plenamente, precisamente como

punto de partida para asumir una posición en esa ineludible disputa que tiene lugar entre los distintos horizontes de sentido sobre el ser y el estar en el mundo: «La ética basada en la afectividad ambiental no es un esencialismo. También supone comprender nuestras sombras, nuestras imperfecciones, nuestra dimensión oscura y no solo la luminosidad» (p. 111).

Se trata, sin duda, de una reflexión que nos invita a pensar afectivamente nuestra situación actual, las relaciones personales, las disputas políticas, el papel de la educación, los conflictos socioambientales y hasta las relaciones humano-animales, una cuestión que, como bien señala la filósofa catalana Marta Tafalla, ha estado ausente en buena parte de las reflexiones estéticas, y agregaría yo, del pensamiento ambiental y de la ecología política latinoamericana. Sin embargo, Ingrid y Omar nos ofrecen una perspectiva desde la cual es imposible evadir esta cuestión acerca de la condición animal en el régimen de afectividad contemporáneo y de las ecologías de la crueldad en las que sus cuerpos son estabulados, mutilados y comercializados: una forma de violencia legal y normalizada por ese orden del desafecto que es el especismo.

Afectividad ambiental es un libro que, sin lugar a dudas, dejará huella en los lectores y lectoras, en tanto reubica la importancia del afecto, y en especial del amor, en las luchas políticas que libran los pueblos de América Latina y el mundo contra ese régimen de la afectividad contemporánea basada en la violencia, el odio y la crueldad.

Nicolás Jiménez Iguarán

Núcleo Internacional de Pensamiento
en Epistemología Ambiental
Universidad del País Vasco /
Euskal Herriko Unibertsitatea